

suyas que tal vez no han tenido otro delito para sufrirlos que ser de una constitución más débil; porque Dios, que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo expuesto debes deducir, en primer lugar, que la mujer es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo á él en el espíritu. Una señorita no podrá levantar del suelo un tercio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasión amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre una infeliz y de ejecutar los actos más piadosos de virtud, quizá con más verdad y más sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la substancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que sólo los salvajes en los montes y los necios y pícaros en las ciudades desprecian, escarnecen y maltratan á las mujeres, sólo porque lo son y porque no tienen suficiente vigor para resistirles; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamás abusa de su debilidad para ultrajarlas; antes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, debes entender, y no es vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitución, y por reservarlas para aquellos objetos á cuya conservación la naturaleza privativamente las destina.

—Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo; pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo también entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino más bien una recomendación para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos.

Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje grosero y el ciudadano pícaro para oprimirnos, como dices, es de tal jerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros países, no sólo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿Tanto es el privilegio que concede á la mujer la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad



como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad y dichosa la débil constitución de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su mujer, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.



## CAPÍTULO V

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de doña Eufrosina dando unos gritos desaforados. — Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe qué le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia, fuímos apresuradamente á la vivienda de doña Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre y á su madre privada en los brazos de una recamarera, toda temblando.